EL ÉXITO POR LA FRANQUEZA

YOMA

COLECCIÓN ENERGÍA

Ediciones españolas

YOMA

EL ÉXITO
POR
LA FRANQUEZA

TRADUCCIÓN
DE
CARMEN DE BURGOS
«COLOMBINE»

EDICIONES ESPAÑOLAS
PLAZA DEL CONDE DE BARAJAS, 5.-MADRID
TELÉFONO 44-99

Tip. Yagües.—Nuncio, 8.—Teléfono 44-99

EL ÉXITO POR LA FRANQUEZA

CAPÍTULO PRIMERO

De la franqueza en general.

La mayoría de los hombres experimenta respecto de la franqueza el mismo sentimiento complejo que persigue a los adoradores de una divinidad temible.

En el culto oficial que la tributan no entra amor alguno; solamente les impulsa el temor, y una vez libres del homenaje obligado, se apresuran a volverse hacia dioses más condescendientes con sus caprichos y más benévolos con las fantasías de su imaginación.

El rudo aspecto de la franqueza acalla pronto sus plegarias, y si llegan a murmurar alguna oración en honor suyo, es casi siempre con temor de ser atendidos cuando la llamen en su ayuda.

En cambio, renuevan gustosos las flores sobre el altar de la ilusión, y se dejan me-

cer por los sonoros cantos que la dedican.

No ignoran, generalmente, que sus protestas carecen de sinceridad, y conocen también lo vano de las promesas que recogen de los inmóviles labios de su ídolo. Pero los devotos de este culto están llenos de gracia tan seductora, los templos en que se celebra se hallan tan magníficamente adornados que, a pesar de los desengaños sucesivos de sus esperanzas, vuelven siempre a llevar allí nuevas ofrendas, al paso que se separan con enojo de la abrupta roca sobre la que, severa e impávida, se levanta la franqueza.

¿Qué debe deducirse de esto? ¿Hay que deplorar la ligereza de esos hombres y condenarles sin remisión, o sería preferible darles a conocer esa entidad que sólo abordan temblando? ¿No parece esencial demostrarles, ante todo, lo vano de su temor?

Una vez disipado ese terror sin fundamento, será tiempo entonces de enseñarles cuántas tristezas se ahorrarían y la claridad que iluminaría su vida si, en lugar de apartarse de la franqueza o de rendirle un homenaje distraído y forzado, no la defraudaran del culto verdadero que le es debido.

Se encuentran también gentes que hacen profesión de franqueza absoluta, y que, a pesar de la rectitud de sus intenciones, representan en el mundo nn papel molesto. Tales son los intransigentes de la franqueza, los que la quieren enteramente desnuda y no temen arrancarle los velos con que la cortesía y la caridad se complacen en cubrirla.

La intransigencia es a menudo lamentable, por ser obra de espíritus limitados, que no tienen en cuenta relatividades ni circunstancias. Arrastra a excesos que son, a veces, la verdadera crítica del fin propuesto, y, hasta hay ocasiones en que se convierte en un impedimento para la expansión de esa franqueza misma, porque suscita un movimiento contrario de la opinión, que entraña desagradables reacciones.

Todos los que habitaron en Tokio durante el último siglo, recordarían, si vivieran aún, la ventura de aquel comerciante que quiso proceder en sus negocios con absoluta franqueza. Nunca consintió en vender sus mercancías en más de su verdadero valor.

A pesar de las advertencias de los que

se hallaban interesados en sus asuntos y que intentaban demostrarle que aumentando los gastos de su casa el valor intrínseco de los objetos, era natural que recuperara el valor de su tiempo y de sus afanes, se obstinó en su propósito.

Añadían aquéllos muy juiciosamente que no era faltar a la franqueza gravar las mercancías de modo que sacase de ellas un beneficio honroso y discreto.

El hombre no quiso oir nada, y no solamente perdía en cada venta, sino que hasta advertía a sus parroquianos de las faltas que ellos no percibían.

Quebró al fin, y su ruina produjo la de muchas personas que habían creído en él. Estos no se dieron, sin embargo, por vencidos; rescataron la mayor parte de las mercancías y las despacharon con ayuda de esas mentiras comerciales que rayan en la indelicadeza.

La intransigencia en cuestión de franqueza produjo, pues, efectos diametralmente opuestos a los que esperaba el que había tratado de usarla.

Este afán de completa franqueza es también el que impulsa a ciertas gentes a expresar brutalmente su opinión, sin cuidar-

se del mal que puede ocasionar. Hay quien lanza sus declaraciones a la cabeza de las gentes como si les arrojara una piedra.

Bajo pretexto de franqueza, dicen a un enfermo que está perdido; no toman precaución alguna para anunciar una mala noticia y no vacilan en hacer las más groseras observaciones.

La verdadera franqueza no es la brutalidad. No es la sequedad de alma, ni la falta de compasión. No es tampoco el menosprecio del dolor ajeno, ni menos aún la poco elevada satisfacción de complacerse en el pesar o la desgracia de otros. No es la banal sinceridad con que se oculta a veces la falta de educación.

La franqueza es la práctica *voluntaria* de una sinceridad que no pueda ser nociva. Es una voluntad firme de mantener de acuerdo las palabras con la verdad, teniendo en cuenta los límites fuera de los cuales ésta cambia de nombre. Es también la resolución fija de mantener, asimismo, de acuerdo la conducta y los actos propios.

La franqueza no consiste solamente en las palabras. Vemos a diario gentes que harían escrúpulo de mentir con sus labios, y que no temen mentir con sus acciones,

que contradicen lo afirmado por ellos. Hay que persuadirse bien de lo siguiente:

La franqueza, tal como debe ser comprendida, es el mejor medio de triunfar. Las personas astutas y los embusteros acaban siempre por encontrarse cogidos en la inextrincable red de las intrigas que se complacen en urdir.

Por el contrario, los que practican la franqueza, marchan libremente, sin otras trabas que las de una bondad esclarecida, que les hace evitar esa franqueza de mala ley, que es el patrimonio de los instintivos, es decir, de los débiles, o el de los malvados, felices con ocultar sus malas intenciones bajo el velo de una virtud.

CAPITULO II

La franqueza consigo mismo.

Los que están poco versados en la ciencia del cultivo se asombran a veces de ver que plantas de la misma especie se desarrollan de modo distinto, aunque, en apariencia, se les prodiguen los mismos cuidados. Mientras unas crecen con vigor, otras, ruines y enfermizas, dan, como a la fuerza, ligeras señales de vitalidad. El inhábil jardinero se desespera o se regocija, alternativamente, sin conseguir, no obstante, modificar la tendencia inicial de dichas plantas.

¿Qué hace entonces el cultivador avisado?

Estudia el terreno en que parecen complacerse las más bellas de todas, se aplica a determinar la calidad de los jugos de que se nutren sus raíces, y, hecho esto, transporta las atrofiadas al terreno cuya composición le parece aproximarse más a la del sitio en que las plantas prosperan.

En el caso de que no se encontrara esta similitud, se esforzaría en crearla por medio de su ciencia y se ingeniaría en restituir a los emplazamientos de que dispone las cualidades fecundas, propicias para la expansión deseada.

El que quiera cultivar la bella flor de la franqueza, deberá imitar a ese jardinero.

Reconocerá primero la naturaleza del terreno en que dicha flor ha de vivir; esto es, se estudiará cuidadosamente a sí mismo, a fin de avalorar las cualidades que hayan de ser sus auxiliares, después de haber inquirido las que no se encuentren aún más que en estado embrionario y provocando la aparición de aquellas cuya ausencia tuviese comprobada.

La franqueza consigo mismo podrá adquirirse limitándose a dos investigaciones:

La de la confesión sincera.

La de la armonía.

La confesión sincera es la que nos debemos a nosotros mismos, haciendo abstracción de nuestras tendencias propias.

Nos hallamos siempre inclinados a discurrir apasionadamente y, a sabiendas o no, a someter los datos que componemos a voluntad de nuestros deseos, a razonamientos

que pecan de indulgentes por lo común.

El estudio de las aptitudes, a la vez que el de la falta de habilidad, debe hacerse sin arrogancia y sin temor.

Sabido es que nos hallamos siempre tentados a usar de indulgencia con nosotros mismos, y a estimar en más de su valor las cualidades que en nosotros apreciamos, mientras disminuímos gustosos las faltas que nos vemos obligados a reconocer.

Pero los caracteres enérgicos desdeñan esas semi-mentiras, que no engañan más que a ellos mismos, poniéndoles de relieve un mérito que los demás no perciben.

Saben ponerse en frente de su «yo» y juzgarle, sin escuchar la voz de la vanidad que pregona sus alabanzas, apagando con su estrépito las tímidas quejas de la conciencia, herida por esa falta de sinceridad.

Dice un cuento antiguo, que un día, atravesando un viajero una árida llanura, se vió acometido por los horrores de la sed. Hacía ya tiempo que sus ojos exploraban en vano la extensión, sin lograr descubrir la fuente bienhechora, cuando un ruido, sordo, en un principio, más pronunciado después, le anunció la proximidad de una cascada, que descendía de la montaña. Di-

rigió sus pasos apresuradamente hacia el prometedor ruido, caminando largo tiempo sin perder el ánimo, porque la voz del agua se elevaba siempre más fuerte y más próxima.

El murmullo llegó a ser bien pronto ensordecedor, y el hombre no pudo ya dudar de la vecindad inmediata del tan deseado elemento; cuando, levantando los ojos, distinguió una masa líquida que partía de las alturas de una montaña inaccesible, para perderse en las fragosidades de una roca, que él no podía escalar.

Después de algunas tentativas, jadeante y con las uñas rotas, se dejó caer en tierra agotado y tanto más afligido, cuanto que un rayo de sol le mostraba a lo lejos, sobre el camino que él había abandonado, el delgado hilo de plata de un tranquilo arroyo, cuyo débil murmullo, cubierto por el orgulloso estruendo de la cascada, no había oído.

Así ocurre a los que prestan atención a las voces de la vanidad, sin proponerse escuchar ante todo el lenguaje firme y tranquilo de la conciencia y sin provocar la sinceridad de la confesión. Se dejan impresionar por los descubrimientos ventajosos

para su amor propio, y se sugestionan a sí mismos ampliando sus cualidades y concediendo a sus faltas una atención tan nimia, que acaban por olvidar su existencia.

La armonía es un auxiliar tan precioso como la confesión sincera.

El que quiera lograrla debe imitar también al avisado jardinero de que se habló al comienzo de este capítulo, y no separar la teoría de las acciones.

La armonía debe desearse y admitirse en todo. El que no armonice su conducta con las resoluciones que engendre el sincero reconocimiento de las aptitudes o imperfecciones propias, no podrá nunca pretender el éxito, porque, al faltar a la franqueza consigo mismo, habrá quebrantado lo que pudiéramos llamar la sinfonía del perfeccionamiento mental.

Todo efecto tiene una causa y toda causa produce un efecto. No obstante, así como las notas de un instrumento, aún sonando de igual manera, pueden producir, consideradas separadamente, un efecto discordante o armonioso, según el modo con que se las agrupe, cada efecto y cada causa pueden producir, aun siendo loables en sí mismos, una desagradable confusión, si

se hallan desprovistos de armonía, es decir, de cohesión.

Deben, pues, unirse los pensamientos y las acciones, en un mismo sentimiento de franqueza, para producir un *Todo* deseable, que llegará a convertirse, para los que sepan organizarlo, en una verdadera fuerza.

La doblez que establece una distinción entre la teoría y la práctica no es el distintivo de los caracteres enérgicos. Estos tienen el orgullo de la lealtad frente a sí mismos, y su virtuosa franqueza les hace evitar el escollo contra el que se estrellan los débiles que, por falta de valor, retrocedieron ante la confesión sincera y se ven luego aplastados por su inconsciente doblez.

CAPITULO III

La franqueza con los demás.

En la época fabulosa en que los genios se dignaban ocuparse de la felicidad del género humano, ocupó el trono japonés un monarca, que contaba entre los individuos de su corte con doctos personajes que mantenían constantes relaciones con aquellos misteriosos seres.

Como los citados doctos hubiesen dado al príncipe numerosas pruebas de sus conocimientos sobrenaturales, éste, alentado por las manifestacionas anteriores, hizo llamar un día a uno de ellos, y le dijo:

—Estoy cansado de constantes adulaciones y quisiera saturarme de franqueza. Desearia saber lo que pasa en el fondo de los corazones de todos los que me rodean. Búscame un ser dotado del poder de sondear el alma de cada individuo, para que me diga en seguida lo que descubra.

—Ten cuidado; oh luz de mi vida, exclamó el adivino, lo que tú pides se llama

la *franqueza absoluta*, y si para el que la ejerce consigo mismo es un escudo protector, se convierte en una maza terrible cuando la manejan manos extrañas.

—¡Ve!, replicó el monarca, sin hacer caso del aviso, ve, y tráeme una criatura dotada de franqueza absoluta, o creeré que tu objeción está dictada por la impotencia.

Algunos días después, pidió aquel sabio una audiencia al monarca, se arrodilló ante él y le habló así:

—¡Oh sol de mis días, he ejecutado tus órdenes y sólo depende de ti llegar a ser el soberano más grande del universo!

—¿Has triunfado?—preguntó vivamente el rey.

—Príncipe, los genios se han dignado escucharme, y me han enviado el mensajero de la franqueza absoluta. Sólo me resta suplicarles te den fuerzas para oirle y *creerle*.

Dicho esto, sacó de los pliegues de sus amplias mangas una jaula dorada que contenía un minúsculo pájaro, el cual vino por sí mismo a posarse sobre los hombros del rey.

—Deseo, añadió el hechicero, que tu poderío se aumente.

—Casualmente, canta el pájaro, dice la verdad, porque su propio crédito aumentará con tu poderío.

La observación era tan exacta, que entusiasmó al rey, el cual, por un sentimiento muy humano, resolvió hacerse decir lo que él creía ya saber, respecto a la lealtad de sus allegados.

Mandó, pues, venir al primer dignatario de su corte, al shogun Yokia, quien, desde hacía largos años, le daba marcadas muestras de adhesión.

Y cantó el pájaro.

—Hazle registrar: oculta sobre su persona un mensaje de tu más cruel enemigo.

El soberano llamó a sus guardias, quienes hallaron, efectivamente, sobre Yokia un pergamino procedente del príncipe Komaha, en que le prometía honores si quería venir a su corte.

Discurriendo terribles suplicios, mandó el príncipe prender a Yokia, y para disipar la penosa impresión sufrida, hizo venir a la princesa, su mujer, a la que amaba profundamente y de quien había recibido profundas muestras de ternura.

La gran dama, siempre intimidada ante su terrible esposo, sonrió graciosamente al

ver al pájaro, a quien besó ligeramente, mientras él, inclinado sobre el oído del emperador, cantaba de modo que sólo el monarca pudiese entenderle:

—En el bosque de laureles y rosas, cerca de la choza donde habita su nodriza, encuentra la princesa a menudo a un joven cuyas dulces palabras ama.

El príncipe palideció horriblemente; pero permaneció mudo.

Al quedarse solo, y después de reflexionar algunos instantes, golpeó un *gong* para llamar a su consejero secreto.

Apenas hubo el consejero franqueado la puerta, cuando el pájaro murmuró:

—Este saca del tesoro del Estado, con la complicidad de tu madre.

El Mikado se vió entonces acometido de tan furiosa cólera, que cogió al pájaro y le deshizo entre sus manos, después de haber mandado buscar al adivino para condenarle a muerte.

Pero, apenas se encontró en presencia de su monarca, cuando el astuto hechicero exclamó echándose a sus pies:

—¡Oh, antorcha del mundo! perdona mi error; te he dado el mensajero de la perfidia y no el de la franqueza. He aquí el ver-

dadero portador de la verdad. Y sacó de sus largas mangas un pájaro semejante al primero.

—Logre este consejero leal—continuó diciendo—, hacer de ti el monarca japonés más grande de todas las épocas.

—Su deseo es sincero, dijo el pájaro.

—¿Eres verdaderamente, preguntó su señor, el pájaro de la franqueza?

—Sí, yo soy el pájaro de la franqueza.

—¿Pero y el otro, el que he ahogado?

—Era el de la franqueza pérfida.

—¿Y tú?

—Yo soy la franqueza brutal para ti mismo.

—¿Y respecto de los otros?

—Soy la franqueza unida a la bondad. Ponme a prueba.

—¿Vas a desmentir al otro pájaro?

—No; confirmaré sus dichos.

—Le he pulverizado en mi cólera.

—A mi me prodigarás tus caricias. Haz venir primeramente al *shogun* Yokia.

—Está convicto de traición.

—No.

—Pero, ¿y el pergamino hallado sobre él?...

—Esos ofrecimientos habían quedado sin

respuesta y nunca Komaka se los hubiera hecho a Yokio si tú fueras un señor menos duro. Cuida de que no le deslumbren. Ha resistido hasta aquí; de ti depende que resista aún.

Ante la princesa, el pájaro batió las alas y cantó:

—¿Por qué eres un guardián tan severo para esta adorable mujer? Ella se ve obligada, si quiere oir palabras dulces, a ir hasta el bosque de laureles y rosas donde su nodriza la acaricia como en los tiempos de su infancia, mientras su hermano de leche le recuerda las ilusiones de su dichosa juventud entreteniéndola con sus juegos de antaño. No obstante, ella suspira pensando que no es tu voz quien la mece en su sueño.

Cuando el consejero secreto se presentó a su vez, el pájaro, picoteando ligeramente la oreja de su señor, dijo:

—Si tú fueras tan generoso como corresponde a un gran príncipe, éste no se veria obligado a sacar de los tesoros del Estado, de acuerdo con tu madre, las sumas que distribuídas en tu nombre bajo forma de limosnas, atraen sobre tu cabeza las bendiciones de tu pueblo.

La frente del soberano se serenó; los dichos de las dos aves se confirmaban recíprocamente; cada uno de ellos era, sin duda, el pájaro de la franqueza; pero el primero, bajo pretexto de franqueza absoluta, destilaba perfidia, y de sus asertos, verídicos no obstante, dimanaban las peores sospechas.

Por el contrario, el segundo, lleno de bondad, guardábase bien, al revelar hechos ciertos, de presentarlos bajo aspectos desagradables, y haciendo resaltar las causas de los actos que señalaba, les restituía su verdadero valor y su alcance real.

Procuraba también provocar la confesión, esto es, el reconocimiento de la participación en la falta ajena.

La franqueza que, para las gentes superficiales, ofrece gran simplicidad, es, realmente, una virtud muy compleja, que debe modificarse sobre todo según concierna al sujeto pensante o a los que constituyen el objeto de sus preocupaciones.

En el primer caso ha de ser brutal, intransigente, no ha de apartarse, en lo posible, de los límites de la integridad. Por el contrario, en cuanto se trate de otros, deberá suavizarse, hacer concesiones, tor-

narse indulgente y bondadosa, y esto con mayor o menor intensidad, según las condiciones de aquellos a quienes se dirija.

Antes de apelar a la franqueza, se tendrá en cuenta el grado de resistencia moral, la clase de educación, la inexperiencia, la edad, y sin apartarse de los principios de lo verdadero, se atemperará o se fortificará la convicción que se trate de imponer con la moderación del lenguaje o el vigor de las expresiones, aunque todas, no obstante, deban reproducir la verdad.

La autenticidad de los relatos, así como la de las apreciaciones, es una de las bases de la franqueza, y el que no tenga en cuenta esto no tardará en falsificar sus ideas, y, quiéralo o no, en cultivar la doblez.

CAPITULO IV

Las apariencias engañosas.

Se ha dicho frecuentemente que la verdad se oculta en profundos surcos y que es preciso cavar largo tiempo para descubrirla. Sucede a veces lo mismo con la franqueza.

Los que saben pensar, los caracteres enérgicos que resisten el atractivo de las distracciones superficiales, se dejan engañar rara vez por la modestia excesiva. Saben descubrir la franqueza y no se dejan influir por apariencias destinadas a mantener la ilusión de una verdad ausente. Saben arrancar el velo que cubre a la verdad y son tan hábiles en reconocer los defectos que se disfrazan con la sonrisa de la virtud, como a esa virtud misma, cuando se oculta bajo apariencias impuestas por la mentira de las circunstancias.

Ocurre también que los embusteros se complacen en adoptar una actitud a pro-

pósito para ilusionar a los observadores superficiales; pero los verdaderos pensadores no se dejan engañar por ellos y los anatematizan, a pesar de su resistencia y sus protestas.

Es raro, por lo demás, que las apariencias engañosas estén bastante sólidamente fundamentadas para durar largo tiempo. Los que las cultivan y los que se dejan persuadir por ellas, se aperciben bien pronto de que lo que creyeron realidad es sólo un fantasma producido por la noche del error y a quien las luces de la verdad y de la franqueza expulsan en seguida.

Y se encuentran entonces tan chasqueados como los compradores de aquellas figurillas de que habla Jung-Koh.

—Un vendedor de figurillas de cera—dice—dispuso, antes de abandonar este mundo, de los únicos bienes que poseía: sus muñecas, las cuales legó a dos de sus parientes. Pero, ya por efecto de un capricho del comerciante, o por circunstancias casuales, resultó que los lotes no estaban repartidos equitativamente. Constaba el uno de figuras que podían competir con las más bellas esculturas de Tanagra, mientras el otro se componía tan sólo de imágenes

groseramente formadas, vulgares y llenas de imperfecciones.

El pariente a quien había correspondido el lote peor no sabía qué partido tomar, y, lleno de disgusto, fué a pedir consejo a un shogun renombrado por su astucia.

—En verdad, dijo éste, que sería imposible vender las figuras si las ofrecieras tales como son y no usases de artificios para sacar provecho de ellas.

—¿Qué artificios?

—Cúbrelas con telas magníficas y preséntalas descaradamente, como obras maestras.

Algunos días después los tontos y los espíritus superficiales de la ciudad se detenían ante el escaparate de este mercader y compraban las figuras feas, despreciando las que el otro heredero exponía, y que no se recomendaban más que por la pureza de sus formas y por la gracia de sus líneas.

Pero al caer la tarde estalló una tormenta, y cayendo la lluvia en abundancia, deslució el oro de los tejidos y confundió los colores de tal manera que las más bellas sederías se vieron afeadas por grandes manchones.

Todas las muñecas sufrieron perjuicio,

tanto las que llevaban los compradores sin poderlas preservar, como las que adornaban aun los dos azafates expuestos al aire libre.

Mientras tanto, las otras, las que habían sido presentadas sin artificio, se mostraban orgullosamente puras en sus formas, que el agua del cielo acariciaba sin alterar.

Y todos, reconociendo su error, abandonaron al astuto comerciante para dirigirse hacia el que les ofrecía objetos de belleza menos ostentosa, pero más verdadera.

Y Yung-Koh añade:

—El que desdeña la franqueza obra como el vendedor de figurillas. En vez de combatir sus defectos y de procurar extirpar los malos sentimientos que anidan en él, se contenta con ataviarlos magníficamente.

Así vemos gozar a ciertas personas de una reputación inmerecida, que sólo deben a su artificiosa actitud.

Pero, felizmente, el reinado de la astucia es siempre efímero. Las apariencias engañosas no resisten a la obra del tiempo, ni a los accidentes circunstanciales. Los que se valen de ellas no tardan en verse descubiertos, y, lo mismo que las feas figurillas, despojada su alma de los oropeles

bajo los que disimulaba su falta de belleza, no tarda en aparecer mísera y lamentable en su impotente trapacería.

Es siempre imprudente juzgar con apresuramiento y atenerse a un solo punto de vista. Las cosas se presentan rara vez bajo un aspecto único, y sólo en los libros es donde vemos caracteres de una pieza.

La vida es más complicada, menos fácil de analizar, y esto no debe olvidarse.

No es faltar a la franqueza demostrar diversas inclinaciones, a condición de que esas tendencias no se contradigan y sólo sean complemento unas de otras.

Conocida es la respuesta de los cuatro niños a quienes se preguntaba cuál era el color de las nueces:

—Son pardas, dijo uno de ellos.

— Son verdes, gritó el segundo.

—Son amarillas, afirmó el tercero.

—Son blancas, aseguró el último.

Y todos tenían razón, porque la nuez presenta esos cuatro colores, según el modo con que se la considere: su envoltura es verde, su cáscara parda, el pellejo que la cubre, amarillo y su carne, blanca.

¿No ocurre lo mismo con muchas personas? Su aspecto es, a veces, rudo; pero su

corazón es generoso; habiéndoles demostrado la experiencia el peligro de las expansiones irreflexivas, guardan una prudente reserva, que sólo la confianza logra romper, mostrándose entonces en todo el ardor de sus convicciones.

Los que juzgan superficialmente y por las apariencias, les declaran alternativamente brutales, delicados, flemáticos o expansivos; pero aquellos para quienes el estudio del corazón humano es una ocupación familiar, comprenden su verdadero carácter a través de los diferentes estados que acabamos de describir y no creen que esos hombres carezcan de franqueza porque adopten, según las circunstancias, una actitud diferente.

Nunca lo repetiremos bastante: la franqueza no es la brutalidad, y el que no comunica más que sobre seguro sus íntimos pensamientos, no comete acto alguno de doblez.

La mentira nace solamente allí donde la astucia comienza.

No entregar a los indiferentes los secretos de la vida íntima no es una falta contra la franqueza; pero tratar de engañar a otro procurando, por medio de señales exterio-

res, hacerle creer en la realidad de un estado que sabemos es fingido, es decir, alterar a sabiendas la verdad con el fin de inducirle a error, es una indudable superchería.

Podríamos añadir que rara vez es duradera y que, en la mayoría de los casos, la verdad tan manifiestamente ultrajada, se venga condenando al culpable a una existencia turbada por la desconfianza y las sospechas de aquellos que fueron ya engañados por él.

CAPITULO V

La franqueza que se debe tener.

Si existe una cualidad cuyas reglas principales hayan de ser la sobriedad y la mesura es, a buen seguro, la franqueza. En ocasiones, exige grandes cuidados para no convertirse en censurable.

Para triunfar, es preciso asegurarse las simpatías de aquellos cuya ayuda buscamos. Y la franqueza brutal lastimando el amor propio de sus víctimas, destruye todo movimiento favorable hacia los que, voluntariamente, causaron tales heridas.

La franqueza puede considerarse como un medicamento enérgico cuya dosis debe estar proporcionada a la resistencia de los pacientes.

Algunas almas bien templadas pueden soportar la brutal declaración de una falta sin guardar resentimiento hacia aquel que la señaló. Los caracteres enérgicos, los que

tienen la firme resolución de vencerse a sí mismos antes de dominar a los otros, acogerán con gratitud las indicaciones que tiendan a advertirles de sus defectos, aun cuando tales indicaciones se hallen desprovistas de agrado.

Pero no hay que olvidar que semejantes caracteres son excepcionales, y que la gran masa, menos ávida de perfección, admite más difícilmente una sinceridad cuyo objeto, ya penoso por sí, no se atenúa con ninguna precaución oratoria.

La franqueza que es preciso tener debe obedecer, por tanto, o consideraciones basadas principalmente en las relatividades.

No podemos expresarnos lo mismo frente a un hombre sin ilustración que frente a un intelectual, ante un anciano que ante un niño.

Si nos dirigimos a un anciano, a un niño o a un ser débil, deberemos tener también en cuenta las condiciones que esta fragilidad lleva consigo y, en vez de emplear los términos que utilizamos para el rudo campesino, dulcificaremos la aspereza de las palabras, aunque procurando no desnaturalizar el pensamiento.

He aquí el punto principal. Para muchas

personas los diversos aspectos de la franqueza implican una modificación del pensamiento y esto es una grave falta.

Se objetará quizás que es difícil ser franco con todo el mundo, y que esto podría resultar peligroso con los superiores.

Tal es el parecer de los pusilánimes. Las personas de voluntad firme saben bien que la rectitud de alma es el único medio que se debe emplear. La historia está llena de ejemplos que invitan a la franqueza con los superiores. Los monarcas más célebres gustaron de rodearse de leales consejeros, a quienes daban la preferencia sobre los aduladores y los cortesanos.

Sin embargo, no nos cansaremos de repetirlo, la franqueza, inmutable en cuanto al fondo, debe, para ser admitida, elegir la forma que le imponen las circunstancias y la personalidad de aquellos a quienes quiera advertir.

Existe una condición indispensable para la buena acogida de la franqueza: esta condición es la bondad. Ella debe presidir toda declaración, todo juicio, todo consejo en que intervenga la franqueza.

Antes de dar un golpe más o menos rudo,

se deberá siempre elegir el sitio menos doloroso, o procurarse un bálsamo que calme el sufrimiento. Y nunca una opinión expresada francamente deberá ir desprovista del pesar producido por el daño necesario que se ha de hacer.

No obstante, sería perjudicial dejar subsistir ilusiones cuya pérdida produciría una desgracia segura, y es conveniente que la víctima esté instruída de la catástrofe que la espera. Entonces es cuando «la franqueza que se debe tener» muestra todas sus virtudes. En vez de destruir bruscamente las ilusiones, las deshoja una por una, cuidando de poner en lugar suyo la bella y reconfortante realidad, cuyo aspecto, menos encantador, pero más tangible, no tardará en triunfar de la quimera.

Y respecto a lo que concierne al anuncio de la desgracia, recordaremos el antiguo proverbio: No hay mal tan grande que no lleve un bien en sí.

Antes, pues, de la desgracia, se pensará en los consuelos que traiga consigo, y la misma mano que descargue el doloroso golpe de la franqueza verterá el precioso electuario del consuelo.

Un error bastante extendido lleva a me-

nudo a confundir la franqueza con cierta facultad de expansión, a que son aficionados los espíritus superficiales.

Pero es preciso saber que la expansión no tiene nada de común con la franqueza, que es patrimonio de los espíritus ligeros y de las almas débiles, que se confunde fácilmente con la exageración y que acompaña a menudo a la mentira.

Los expansivos, cuando son sinceros, conservan rara vez el dominio de sí mismos, llegando inconscientemente a disfrazar, no la verdad en sí, sino los pensamientos que con ella se relacionan, y admitiendo de buena fe las transformaciones que su charlatanería hace sufrir a la idea inicial.

Son ayudados a menudo en esta falta contra la franqueza por las personas a quienes se confían y que no regatean las apreciaciones que la expansión de su interlocutor parece solicitar.

En general, es conveniente no fiarse de las personas demasiado comunicativas. Aun admitiendo que hablen con franqueza, no podrán discernirla siempre, y en el oleaje de sus confidencias se deslizará a menudo la alteración de la verdad.

Sucede, no obstante, en la vida, que la

franqueza se ve obligada a revestir formas diferentes; pero, en caso alguno, debe transigir con la mentira, aun cuando se trate de lo que se ha convenido en llamar: una mentira piadosa.

La verdad, que no deja nunca de hacerse luz, vendrá siempre, en un momento dado, a destruir la armazón de esas virtuosas supercherías, y sólo quedará al que la edificó el pesar de haber mentido inútilmente y la vergüenza de ver en adelante puestos en duda sus asertos.

La franqueza que se debe tener consiste en esto: en decir la verdad, sin ofender al que la oye.

Otro modo de hablar con franqueza es también decir la verdad refugiándose tras de una opinión personal que no se declara infalible.

Así, si pensamos que una cosa es fea, podremos decir sin mentira alguna y sin molestar a nadie: «A mí no me gusta esto.»

Al hablar de personas de reconocida desgracia física, podremos, sin dejar de rendir homenaje a la franqueza, atenuarla diciendo: «La naturaleza no se ha mostrado pródiga con ellas.»

Por consiguiente, la unión de lo bueno

y de lo verdadero, ha de ser el propósito de los que deseen triunfar por medio de la franqueza, es decir, de aquellos que, desdeñando la trapacería y huyendo de la doblez, defiendan valientemente la verdad, mostrándose así demasiado orgullosos para descender a las mezquinas complicaciones de las mentiras corrientes y demasiado convencidos de su propia fuerza para descuidar la solicitud que deben a los que son más débiles que ellos.

CAPITULO VI

La franqueza como fuerza individual.

Hemos podido ver ya, por todo lo que precede, que la franqueza es una fuerza individual, que deben utilizar las almas enérgicas para abrirse camino hacia el éxito.

La franqueza es una fuerza porque exige un dominio sobre sí mismo que no pueden tener los espíritus ligeros. Es una fuerza porque soluciona las relaciones ordinarias de la vida alejando a los tontos, a los aturdidos, a los ignorantes y a los pusilánimes.

Pero no nos engañemos respecto de esta palabra: la superioridad de que se trata aquí, el dominio que ejerce la fuerza moral, no tiene nada de común con el despotismo.

Sólo los débiles se creen obligados a poner de manifiesto su autoridad con sus actitudes o con medidas arbitrarias. Los enérgicos, por el contrario, obran siempre con

dulzura, unida a una firmeza, que nunca se desmiente.

Este es el secreto de su fuerza, y así, por medio de una penetración lenta y continua, logran infundir sus convicciones en el espíritu de los demás.

Las gentes de alma mediocre, si no tratan de mejorarse, no podrán nunca aprovecharse de la franqueza como de una fuerza individual, porque caerán rápidamente en todos los excesos que lleva consigo esa virtud, cuando esté mal comprendida. En las lejanas épocas a que nos conduce la leyenda, era gobernado el Japón por un monarca íntegro que sólo deseaba la dicha de su pueblo, buscando siempre cuanto podía aumentar su prosperidad.

Secundábale en su obra un hábil consejero, cuyas advertencias tenía el buen acuerdo de escuchar y de seguir.

Pero aquel hombre notable había llegado a los últimos límites de la vejez, y le afligía la idea de dejar a su rey sin un guía firme y leal.

Tres hombres se distinguían en la corte por su resolución y aparente sabiduría.

El anciano consejero, haciéndose conducir junto al monarca, le dijo:

—Gran príncipe: hasta el presente has sido más que un jefe de Estado; has sido un conductor de hombres. Tu reinado puede ser largo aún, y para conservar intacto tu renombre, necesitas un consejero digno de secundarte. Mi vida se termina, y yo sería feliz durmiendo mi gran sueño con la certidumbre de que una adhesión ilustrada reemplace a la mía. ¿En quién piensas hallar el consejero de alma recta y firme, dotado de franqueza, de bondad, de energía, la fuerza, en fin, que te asista?

El rey nombró los tres hombres conocidos en la corte por sus méritos, confesando, no obstante, que no sabía a quién dar la preferencia.

—Escuche—dijo el anciano—, sométales a la prueba del vino de la franqueza. Más allá del monte, cuya cima se colora con los fuegos del sol poniente, al pie del templo de Buda, crece una viña encantada. El que recoge en sus labios el jugo de sus racimos deja escapar inmediatamente el secreto de su alma. Haz llamar al esclavo que me acompañó hasta aquí; lleva un ánfora que contiene ese vino encantado; ofrécele a los tres hombres de que se trata.

La prueba se verificó al instante, y los

tres candidatos vaciaron, uno tras otro, la copa llena del vino de la franqueza.

El Mikado les interrogó entonces:

—¿Cuál es tu ambición?—dijo al primero.

—Ser rico.

—¿Qué estás dispuesto a hacer para lograrlo?

—Todo.

—¿Por qué quieres ser rico?

—Para gozar de todos los bienes de la vida.

El rey se volvió hacia el anciano consejero:

—¿Este hombre es una fuerza?—preguntóle.

—Sí; pero es una fuerza inútil y, por consiguiente, perjudicial. Será prudente descartarlo.

—¿Qué deseas tú?—preguntó el príncipe al segundo.

—Ser poderoso.

—¿Qué estás dispuesto a hacer para ello?

—Lo que las circunstancias me exijan.

El anciano dijo:

—La fuerza verdadera no reside en una censurable ductibilidad. Este hombre no es digno de sustituirme.

—¿Cuál es tu propósito?—dijo el rey al tercero.

—Dominar.

—¿Por qué medios?

—Tratando de dominarme a mí mismo. El que es dueño de sí puede ser dueño del universo.

—He aquí, dijo el antiguo consejero, el que es digno de reemplazarme. Este hombre es lo que buscamos: «una fuerza», porque la fuerza individual que le conduce a procurar ser dueño de sí mismo, entraña, no sólo todas las cualidades deseables en un prudente consejero, sino que admite también la franqueza, tan preciosa y tan indispeusable en el consejero de un príncipe.

—¿Cómo es eso?—preguntó el príncipe.

—Para dominarse, debe este hombre conocerse, y para conocerse es necesario que use de franqueza consigo mismo. Y el hábito de la verdad es el patrimonio seguro de los que se analizan sin cobardía y no temen encontrarse frente a frente con las más molestas realidades.

La viña de la verdad ya no crece tras el monte que dora el sol poniente. El templo de Buda es una ruina que ya no hermo-

sean sus magníficos astrágalos; pero los que cultivan su voluntad, los que tienen la energía de no retroceder ante el examen escrupuloso de su «yo» pueden, tan bien como el bebedor del vino encantado, llegar a conocerse, y por virtud de este conocimiento, conquistar ese estado tan envidiable que se designa con el nombre de «fuerza individual».

CAPITULO VII

Los inconvenientes de la franqueza.

Como todas las cualidades, la franqueza, llevada al extremo, conduce a manifestaciones reprensibles.

Sabido es que toda emoción, cualquiera que sea, si alcanza cierto grado, ocasiona un desorden que se traduce en la ampliación de la idea inicial.

Ocurre con la franqueza como con la economía, la perseverancia, la audacia, etcétera, etc.

La economía, llevada más allá de sus límites, se convierte en avaricia. La perseverancia mal comprendida se cambia en testarudez. La audacia, sinómino de confianza en sí mismo, se transforma en descaro. En cuanto a la franqueza adopta formas distintas, y todas destinadas a hacerla odiosa.

Cierto que los pensadores se guardan bien de caer en este error. Conocen dema-

siado los méritos de la franqueza para llamar así a las malas pasiones que se ocultan bajo aquella denominación y que, lejos de ser la franqueza misma, sólo son sus despreciables enemigos.

En los malvados, la franqueza es a veces un medio seguro de satisfacer los instintos de maldad que les animan. Se complacerán en alarmar a uno declarándole *francamente* que la molestia que sufre es el comienzo de una enfermedad que mató a uno de sus amigos.

Publicarán *francamente* la mitad dolorosa de una verdad, callando la parte consoladora que dicha verdad entera lleva en sí.

Mostrarán *francamente* el lado desagradable de una empresa, pasando en silencio las muchas ventajas que pueda proporcionar.

Ante un macizo de flores magníficas callarán su admiración, pero señalarán *francamente* la presencia de un gusano sobre los hermosos pétalos.

Estos falsos amadores de la verdad son muy peligrosos, porque se dirigen preferentemente a espíritus frágiles a quienes su falsa franqueza impresiona y que, ante esas pretendidas muestras de verdad, se confunden al encontrar sólo censuras.

A la sombra de la franqueza se lanzan también muchas calumnias. Comienzan generalmente por murmuraciones que, alardeando de *franqueza*, se prodigan en todas partes; pero de la murmuración a la calumnia no hay más que un paso, y como la franqueza exige poner en guardia contra las personas sospechosas, se aprovechan de ello para dar a la calumnia un impulso considerable.

Hay todavía otra especie de franqueza que también debe clasificarse entre las contras de esta virtud, y es la de aquellos que, aunque hayan recibido una buena educación, procuran parecer rudos. Observaremos, por lo demás, que esta franqueza se utiliza menos frecuentemente en favor de la alabanza que en favor de la censura.

Las gentes sencillas, cuyo ejemplo se afecta seguir no proceden de este modo: si expresan brutalmente sus críticas, no economizan las frases entusiastas respecto de los objetos de su admiración. Tienen la franqueza que pudiéramos llamar instintiva.

Sus palabras son un espejo fiel, en que se reflejan los impulsos de su alma. Son, sin disputa, tales gentes muy dignas de

estimación y su trato puede ser provechoso a los hombres sabios.

¡Pero qué pocos sabios hay! Así, en cuanto esas personas salen del pequeño rincón de tierra que hace para ellos las veces de mundo, reciben una acogida llena de desconfianza.

—¿Debe estimárselas sin embargo?—se preguntará.

—Sí, con toda el alma.

—¿Son, pues, dignas de loa?

—No siempre.

—¿Se debe procurar imitarlas?

—Nunca.

Y a los que pregunten el motivo de esta aparente contradicción entre los pensamientos y las acciones, se les responderá:

—Esas gentes, servidores devotos de la franqueza absoluta, son indudablemente dignos de estima; pero si se piensa en el daño que pueden producir y en las decepciones que siembran en torno suyo, no nos extrañará el aislamiento en que se hallan.

Se aborrece inconscientemente al portador de una mala noticia, lo mismo que se siente enojo contra el que pone brutalmente la mano sobre una llaga que quisiéramos disimular. Pero se conserva una tierna gra-

titud hacia el que nos señala un peligro o compadece visiblemente las penas que procura hacer menos vivas con su intervención.

La alabanza brutal no está hecha tampoco para los espíritus delicados; el incienso grosero y esparcido en cantidad excesiva, produce siempre un malestar indudable.

No hay, pues, que extrañarse de que clasifiquemos la brutalidad de pensamiento y de expresión entre las contras de la franqueza, porque tales exabruptos no pueden producir ningún impulso eficaz del alma. Nunca se ama a los que se teme y la confianza sólo nace de la simpatía.

La franqueza es como el diamante. Para que sea verdaderamente preciosa, debe brillar fuera de la roca que la encierra. Sólo cuando se la desembaraza de todo cuanto constituye sus peligrosos inconvenientes, es cuando podemos admirarla, quererla y servirla.

CAPITULO VIII

El arte de ver.

Hace bastantes siglos que dijo un filósofo:

El alma tiene cinco medios de llegar a la verdad: el arte, la ciencia, la prudencia, la sabiduría y el entendimiento. Todos estos medios podrían resumirse en uno sólo: el arte de ver.

Ciencia es esta que no se adquiere más que con la expresa voluntad de poseerla, poniendo al servicio de la verdad la sabiduría, la prudencia y el entendimiento.

No hay sólo ciegos físicos, hay también un considerable número de ciegos morales, y existen igualmente personas que sufren afecciones determinadas que las hacen incapaces de discernimiento.

Así como algunos individuos atacados de daltonismo son incapaces de distinguir los colores y los confunden unos con otros, los que no miran con inteligencia y con prudencia dan a todas las cosas los colores que les presta su imaginación.

¿Debe, pues, sorprendernos que la verdad, *una* sin embargo, sea reproducida de modo tan diverso por gentes que en su mayor parte van de buena fe y que engañan a los demás sólo porque están engañados ellos mismos?

Pueden experimentarse las diferencias de visión escuchando uno tras otro relatos referentes a un mismo hecho, de que haya sido testigo cada narrador. Si éstos no han cultivado el arte de ver, sólo habrán observado desde su punto de vista especial y según la tendencia de sus preocupaciones, de sus ideas o de sus deseos, modificarán los detalles, aumentarán o disminuirán los diversos valores, y el aspecto general del hecho quedará totalmente cambiado.

Es, pues, indiscutible que, dado un tipo que parezca inmutable, llega a ser, sin embargo, ese tipo diferente para cada uno de los que lo estudian, olvidando los preceptos del arte de ver.

El primero de todos es aplicarse a ver la verdad tal como es en sí y no tal como se quisiera que fuese.

Es preciso también acostumbrarse a encontrar la verdad en las cosas indiferentes para descubrirla después en aquellas otras

en que importa respetarla. El arte de ver es también la propensión a no juzgar nunca conforme a una opinión preconcebida.

Y por último, es de gran importancia ejercitarse a menudo en comprobar severamente las reminiscencias y los recuerdos.

Para los que no saben ver, esta especie de copia mental de la verdad sufre a cada llamamiento una alteración mínima, que se convierte, poco a poco, en una verdadera falsificación.

Hubo en la antigüedad un hombre muy hábil en la confección de máscaras de guerra. Hizo cierto día una que parecía destinada a sembrar el terror entre las tropas enemigas, y habiéndola visto varios jefes, le encargaron otras semejantes. Pero Koh-Li (que tal era su nombre) cometió el error de desprenderse de sus máscaras a medida que las iba terminando. Sólo conservaba la última para que le sirviese de modelo.

Amaba este artífice hacía mucho a una joven que respondía al eufónico nombre de Gloria del Cielo, y hallábase desolado porque el padre de aquella beldad, temiendo que la pobreza visitara el hogar de los esposos, se había negado a autorizar el matrimonio.

Cambió de parecer viendo afluir las demandas de trabajo, y ante las relaciones establecidas entre aquel joven y los jefes que él veneraba cedió en su resolución y permitió a los dos jóvenes pensar en un enlace que halagaba su amor propio y satisfacía sus intereses.

Koh-Li se puso tan alegre como antes había estado sombrío, y sin que se apercibiera de ello, su alegría interior se extendió a sus manos, perdiendo sucesivamente cada máscara un poco del aspecto terrorífico que había motivado el éxito de la primera.

Llegó un día en que los que recibieron las últimas máscaras se precipitaron en casa de Koh-Li llenos de cólera, mostrando cada cual una mascarilla, cuya dulce expresión, ya muy marcada en la del uno, resultaba aún más sensible en la del otro. Apoderáronse del pobre Koh-Li y le hicieron azotar cruelmente.

—Yo he copiado mis máscaras una de otra—decía el desdichado entre los gritos de dolor que le arrancaba el castigo—. Yo no soy culpable de felonía.

Y decía verdad, porque era culpable simplemente de haber deformado a su antojo

la expresión de la máscara primera, reproduciéndola según sus recuerdos, hermoseados ahora por sus risueñas esperanzas.

Si hubiera conservado a la vista la primera máscara, si hubiese vuelto en espíritu al humor con que la concibiera, si hubiese sabido crear en sí la antigua situación y mantenerla durante el tiempo de su trabajo, no hubiera llegado a una alteración segura de lo que, para él, debió ser el tipo inmutable, se hubiese visto colmado de honores y hubiera llegado a ser el feliz esposo de Gloria del Cielo, la cual, después de aquel suceso, perdió toda la afición que antes sentía por él.

Este cuento nos prueba que es indispensable reducir al mínimum la parte personal en la investigación de lo verdadero cuando se trate del arte de ver, que representa un papel tan importante en lo referente a la adquisición de la franqueza. Todos los esfuerzos deben tender a conservar la realidad bajo una forma lo más cercana posible a su aspecto primitivo.

CAPITULO IX

La franqueza como fuerza social.

La acción directa de la franqueza crea una atmósfera de confianza y simpatía.

Cualesquiera que sean los sentimientos de los que rodean al hombre dotado de franqueza, experimentan, a su contacto una seguridad propia para la mejora y aumento de las relaciones sociales.

El que practica la doblez consigue raras veces engañar a otros durante un tiempo bastante largo para que esa superchería le sea provechosa.

Muchas personas, que mienten por costumbre, llegan a no engañar ya más que a sí mismas. Su mentira habitual deja de ser para ellos un escudo protector, y se piensa de tales gentes lo que No-Han pensaba de su socio Galo.

Encontró a aquel un día uno de sus amigos, y preguntóle la causa de la preocupación que se leía en su semblante.

—¿Qué os sucede? ¿Sufrís alguna pena?

—Estoy preocupado, dijo No-Han, por-

que acabo de tener la prueba de que Galo me engaña.

—Pero dijo sonriendo su interlocutor: ¿no teníais siempre motivos para dudar de él?

—Sí; pero aquello era menos importante.

—¿Por qué?

—El me mentía y yo descubría siempre sus embustes.

—¿Y ahora?...

—Acaba de decirme la verdad. Me aseguró que se ponía en camino para Tokio, y recibo la noticia de su presencia en esa ciudad. ¿Qué superchería oculta esto?

Y No Han se alejó perplejo.

La mentira constante no es, pues, el medio hábil que tantas personas preconizan.

La mentira accidental, si no está dictada por un caso de fuerza mayor, es también una debilidad que mantiene al que se deja arrastrar a ella en un estado cierto de inferioridad social.

Amén de los cuidados inherentes a la fabricación de la mentira, hay que tener en cuenta los que produce su definitivo establecimiento.

Fabricar la verdad es una operación in-

teligente que exige tales cualidades de observación, de verosimilitud, de previsión y de firmeza que no puede nunca llevarse a cabo, porque no se debe olvidar que los embusteros están dotados de almas inferiores e inaccesibles a todo sentimiento noble.

Pero, aun admitiendo que pueda llegar a construirse una mentira verosímil, habrá que impedir después que se descubra. Y la vida del mentiroso será una sucesión de combinaciones que se confundirán enredándose y contradiciéndose a veces hasta el momento en que el embustero mismo se pierda en el laberinto inextricable de los tortuosos caminos trazados por él.

Hay que reconocer, asimismo, que, a fuerza de disfrazar la verdad, llega a ser esta poco tangible que el embustero resulta engañado por la actitud de los que parecen creerle. Así como No-Han descubría las astucias de Galo sin advertirle de ello, las gentes no se dejan persuadir por los asertos falaces de aquellos cuya doblez conocen.

Y esto produce siempre el triunfo de la franqueza, la cual se afirma doblemente como fuerza intelectual y social, por las razones que siguen:

El engañador descubierto se halla siempre en situación de inferioridad respecto del que conoce sus astucias. Piensa el primero haber inducido a error al segundo y edifica sus planes sobre la mentira que juzga haber creado.

El segundo, sin faltar a las leyes de la franqueza, puesto que se limita a permanecer unido, tiene el derecho de proceder de manera que queden frustrados los propósitos que podrían causarle perjuicio.

El hombre franco, tiene, por esto mismo, sobre su contricante, una ventaja evidente: la de conocer sus intenciones y dejarle ignorar las suyas.

Hemos dicho también que la franqueza consolida las relaciones sociales creando la simpatía. Es siempre muy desagradable ser considerado como un tonto, y este es el papel que los embusteros reservan a sus víctimas, y muchas personas que perdonarían con gusto una falta grave, se enojan seriamente por una trapacería, cuyo autor parece mirarles como enemigos.

Además, la desconfianza es tan contagiosa como la franqueza, y un hombre desleal no se verá nunca rodeado de gentes escrupulosas, porque huirán su contacto,

mientras el hombre que use franqueza reunirá en torno suyo a todos los que, orgullosos de merecer su estima, se avergonzarían de mentir delante de él.

Hay ciertamente excepciones, y bastantes naturalezas mediocres se sustraen a esta influencia; pero no debe lamentarse su defección; la tropa de embusteros, después de haber tratado inútilmente de asaltar los dominios de la franqueza para apoderarse de los bienes de aquellos que desearía hacer sus víctimas, irá, rechazada con pérdidas, a disolverse a lo lejos batallando entre sí, porque la mentira divide siempre, y, de este modo, quedarán dueños del campo los que supieron proveerse de esa fuerza social llamada franqueza.

La franqueza es también un medio seguro de cohesión, al contrario de la falsedad, que es un disolvente cuya acción disocia todos los elementos de solidaridad.

Los hombres leales están llamados a encontrar en la vida social sólidos y sinceros concursos.

El embustero vive solo, por la atmósfera de desconfianza que crea en torno suyo, y que es propia para disgregar todas las influencias favorables.

El cambio de ideas no puede hacerse por entero más que cuando la franqueza preside los cálculos de todos. Cada individuo aporta a este cambio reflexiones, trabajos intelectuales, observaciones, y estos elementos contienen en sí rayos, cuya unión constituye el haz luminoso que debe alumbrar la senda común.

Meditemos todavía sobre otro principio.

Sin la franqueza, no puede verificarse ninguna evolución del progreso, porque la mentira es confusa, obscura, inestable, y, como se ha dicho en el curso de esta obra, esencialmente divergente. Los que la emplean de ordinario, complican su vida de un modo lamentable. El trato social, tan armonioso con las gentes leales, es incierto y a veces peligroso con las demás.

La sed de certidumbre que anima a todos los hombres, no se ve nunca saciada con ellas, y la desconfianza presente engendra, por lo común, la desconfianza en el porvenir.

Usar, pues, de franqueza en cada instante de la vida social es adquirir un importante crédito entre sus contemporáneos, porque la confianza y la estimación ajenas

son minas que todos pueden explotar sin temor de agotarlas. Ellas constituyen un tesoro que los hombres enérgicos sabrán gastar regiamente en ocasiones, o guardar con cuidado, según las circunstancias, sirviéndose de él para el mayor aumento moral de los que les rodean, para la deseada evolución de la sociedad y, en una palabra, para todo lo que pueda ayudarles en su ascensión a la cúspide en que la fuerza social gusta de plantar su bandera.

CAPITULO X

La franqueza y el deber.

En todas las manifestaciones de la actividad social, las verdades convencionales encubren verdades secretas, conocidas por muchos, pero que todos procuran disimularse.

Hay casos en que esas verdades, rectamente consideradas, podrían tacharse de mentiras; sin embargo, sería cruel reconocerlo y el deber impone a veces esta falsificación que, en algunas ocasiones, llega a ser un medio para alcanzar la verdad.

Experimentó lo dicho un rico daimio y tuvo razón para regocijarse de ello. Poseedor de una gran fortuna, vió morir, sucesivamente, a sus dos mujeres y a los hijos que ellas le habían dado. Quedóse solo con dos sobrinos, los cuales debían gozar a su muerte de su herencia.

No obstante, le asaltaba de continuo una preocupación. Preguntábase si los cuidados que los dos jóvenes le prodigaban eran

interesados, y este temor envenenaba sus días.

Resolvió, pues, librarse de él, y a este efecto, habiéndose retirado a una aldea lejana, en compañía de un solo criado, hizo extender el rumor de su muerte.

Al conocer la noticia, acudieron los dos sobrinos bañados en lágrimas.

¿Dónde está nuestro amado tío, decían, para que le abracemos antes de dejarle en la tumba?

El anciano servidor, que fingía una gran pena, les respondió que el último deseo del daimio había sido el de que, ante todo, conocieran sus sobrinos sus postreras voluntades, no dudando de que los dos jóvenes, que habían aprobado siempre su generosidad, le secundarían en la póstuma manifestación de ella. Legaba, por tanto, su fortuna a los pobres, y no dejaba a sus sobrinos más que lo necesario para asegurarles el pan.

Al saber esto, uno de los jóvenes montó en cólera y maldijo la memoria del muerto. El otro siguió llorando, y a una pregunta del servidor, dijo:

—No es por la pérdida de esa fortuna por lo que lloro, sino por mi tío bien ama-

do, cuya última determinación no me permito juzgar.

Al terminar estas palabras, levantóse una colgadura y apareció el daimio.

—Soy, dijo, culpable de la primer mentira de mi vida; pero he debido hacerlo para el mayor triunfo de la verdad. Ahora conozco el alma de cada uno de vosotros, que es lo que yo quería.

Hay también sacerdocios cuyas funciones parecen incompatibles con la franqueza íntegra.

Muchos enfermos verían agravarse su mal si el médico que les asiste les instruyera del fatal resultado de la misma. No obstante, el médico que alienta demasiado al enfermo puede ser censurado por la familia de éste, si a consecuencia de una excesiva falta de franqueza, muriera el paciente sin haber tomado sus últimas disposiciones. Lo mismo ocurre en el ejercicio de la abogacía.

Aunque rinda homenaje a la franqueza, faltaría el abogado a su deber si abrumara a censuras al culpable, a cuya defensa está obligado.

Esta cuestión de la franqueza y del deber ofrece dos aspectos bien distintos.

El primero, el único que se percibe a primera vista, nos muestra al hombre luchando entre dos alternativas: Cumplir su deber con franqueza, es decir, ser verídico y cruel, o eludir la franqueza para no preocuparse más que de la caridad.

El segundo aspecto nos señala una obligación, cuya base única es la franqueza.

El que recibe dinero por cumplir una misión, debe llenarla lo mejor que convenga a los intereses del que le paga. Obrar de otro modo sería faltar a las leyes de la franqueza, puesto que la aceptación del dinero implica el compromiso de consagrarse al triunfo de la causa que se nos confía.

El médico que, bajo pretexto de absoluta franqueza, acelera el fin del enfermo revelándole bruscamente su estado, se engañaría mucho si calificase de franqueza su acción, porque, al impresionar desfavorablemente al paciente, infringiría la cláusula principal del contrato, supuesto que aceptó el dinero para prolongar la vida del enfermo y no para abreviarla.

Ocurriría lo mismo con el abogado que comprendiera equivocadamente su deber. Si al no hacer la defensa de un culpable, indigno de compasión, respeta la verdad,

no usa, sin embargo, de franqueza consigo mismo, puesto que se desmiente al no cumplir la palabra dada de defender al reo.

Se objetará, quizás, que es difícil la elección, puesto que, de todos modos, la franqueza tiene que entrar en lucha con la verdad.

Pudiera haber un medio seguro de evitar este conflicto de conciencia, y sería no aceptar más que aquellas misiones que nunca tuviésemos inconveniente en cumplir. Obrar contra la propia convicción, es siempre envilecerse algo.

Pero obrar contra la bondad es cometer una mala acción, esto es, sufrir una sugestión maligna, en una palabra, cometer un acto de debilidad.

Y el éxito no acompaña nunca a los débiles. Se complace en seguir a aquéllos que tienen voluntad firme y recta, sin conflictos interiores y sin ciegos egoísmos. Desdeñando a los enredadores y a los embusteros, escolta siempre a los que entran con bravura en la arena de la vida con la verdad por lanza y la franqueza por escudo.

DE LA MISMA COLECCIÓN

Para llegar a ser una fuerza
por PAUL HORMET

La Felicidad por la Energía
por B. DANGENNES

Iniciativa y Audacia
por J. B. WITHSON

Precio de cada volumen: 0,75 peseta.